

El secreto de la maestría

D. Qalandar

*Si un pobre se convierte
en el caudillo de los creyentes,
el incrédulo huirá de él,
tan lejos como pueda, hasta China.*

Sa'di

Como de costumbre, el darwish Mahabbat fue al bazar a comprar pan, queso y pepino para el desayuno de su maestro, Mohammad Nafti, y, apresurándose, se puso en camino hacia su casa. Mohammad Nafti, mientras esperaba a su discípulo, pensó: «El darwish Mahabbat es un derviche sincero y virtuoso, pero no tiene todavía suficiente experiencia en el trato con la gente, y es tiempo de que la conozca mejor».

Mohammad Nafti estaba sumergido en sus pensamientos, cuando Mahabbat llamó a la puerta; éste saludó: «Ya Haqq», y besó, como es costumbre de los derviches, el «suelo de la cortesía»¹ frente a su maestro, permaneciendo de pie en la entrada de la habitación.

«Ya Haqq, adelante, adelante», dijo Mohammad Nafti.

Mahabbat puso el queso en un plato, peló el pepino y lo cortó en finas rodajas, y con el mantel en las manos, dijo a Mohammad Nafti: «Maestro, el desayuno está listo, ¿me permite poner el mantel?»

«Muy bien hijo, ponlo».

Mahabbat, siguiendo la tradición de los derviches, se arrodilló y, poniendo el mantel frente a su maestro, lo besó. Luego abrió el mantel, colocó sobre él primero el pan y la sal, y después, el queso y el pepino, y se sentó en silencio, con las piernas dobladas bajo su cuerpo, frente a su maestro.

El maestro, diciendo «Ya Haqq», empezó a comer, y con una seña, invitó a su discípulo a que le acompañara.

Después de un rato de comer en silencio, Mohammad Nafti dijo: «Creo que mi trabajo contigo ya ha terminado. Debes irte a Teherán y seguir ahí con tu trabajo de profesor. Al mismo tiempo, debes encender la vela del Amor² en tu casa y guiar a los buscadores de Dios».

Como electrizado, Mahabbat se quedó paralizado, mirando estupefacto a su maestro y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Al cabo de un tiempo, al recobrar su control, bajó la cabeza y, después de tragar con gran esfuerzo la comida, dijo con voz baja y temblorosa: «Mi amado maestro, si he cometido algún error, estoy avergonzado».

«No hijo, ¿qué error? Este es el momento para que vayas a Teherán», dijo Mohammad Nafti.

Mahabbat se hundió en sus pensamientos y, otra vez, con sumo respeto, dijo: «Perdone mi falta de cortesía, pero maestro, ¿cómo podré soportar su lejanía?»

«Esto no es problema —dijo Mohammad Nafti— cuando en verano cierran los colegios, podrás venir a Kermanshah a verme».

Aunque Mahabbat seguía perplejo, no dijo nada más. Al terminar el desayuno, recogió todo y, después de dar de comer a los gatos del maestro, llenó dos tazas de té y, llevándolo al

maestro, se sentó a su lado, ocupándose con su *zehr*³. Sin embargo, por mucho que se esforzó, no fue capaz de vaciar su mente y entrar en el estado del *zehr*. Los pensamientos le atacaban y miles de preguntas azotaban su mente. Pensaba: «¿Cómo puedo yo guiar a la gente? ¿Qué les digo y cómo les trato?» Sin embargo no se permitía discutir la orden de su maestro. El maestro le había dicho que fuera a Teherán, y él debía obedecerle.

Mohammad Nafti, consciente de la inquietud y la preocupación de su discípulo, intentó calmarle y, mientras

personas que se te acercan son simples comparsas. Con un aire vienen y con otro se van. Sin embargo tú, sin que ello te importe y sin esperar nada de ellos, debes servir a las criaturas de Dios».

Mahabbat que todavía no había tenido suficiente trato con la gente, sin entender realmente lo que quería decir su maestro, con una sonrisa, inclinó la cabeza.

No había pasado mucho tiempo cuando la respuesta a la solicitud del

le esperaba. En las reuniones con sus discípulos, primero les explicaba un tema sobre el sufismo, luego alguien cantaba algún poema de uno de los maestros sufíes, y los demás discípulos le acompañaban con cantos y con la repetición del *zehr*. Al final de la reunión, los que tenían algún problema en su vida, uno por uno, hablaban con él y él intentaba, con alma y corazón, ayudarles a resolverlo.

Su trato con sus discípulos era muy cordial. Nunca les hablaba con rigor, y jamás les pedía nada. Todo lo contrario, les otorgaba, gustosamente, todo lo que

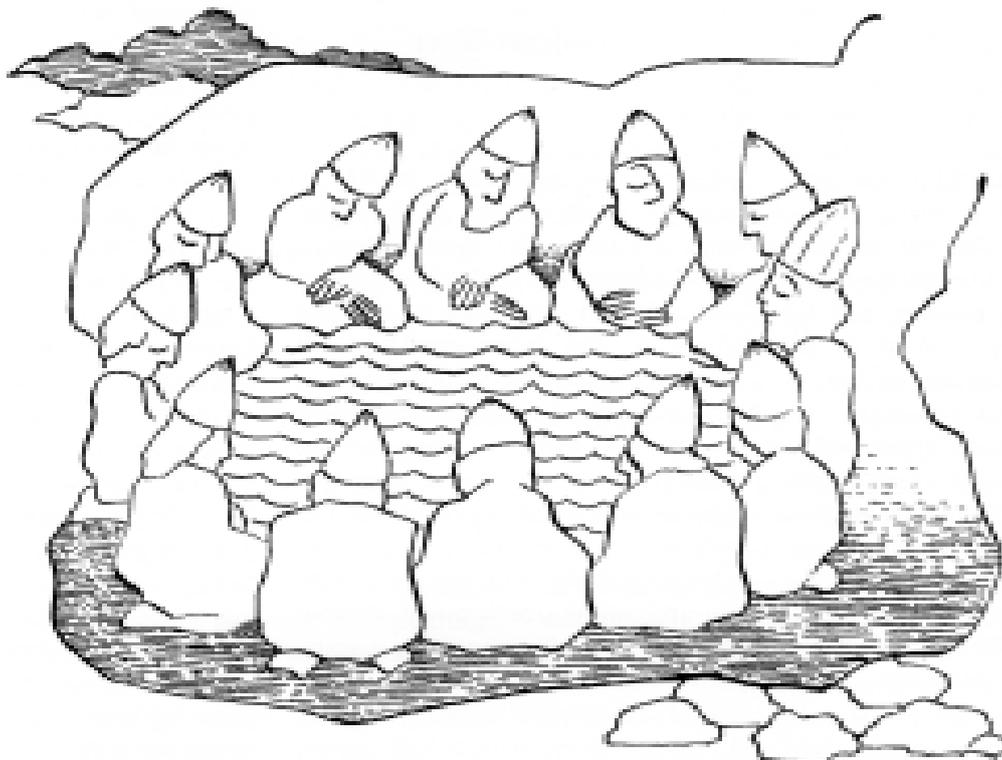


Ilustración de Doug Gilbert

le hablaba sobre cómo guiar a los buscadores, le preguntó: «¿Quieres saber cuál es el secreto de la maestría?» Mahabbat abrió sus manos en señal de sumisión frente a su maestro.

«Debes dar —dijo Mohammad Nafti— a tus discípulos todo lo que te pidan. Si les das todo lo que su venerable *nafs* (ego) te pida, sus molestias y sus ofensas serán mínimas».

Tal fue la sorpresa de Mahabbat que sus ojos casi saltan de sus órbitas.

«Son muy, muy pocos los que verdaderamente buscan a Dios —continuó Mohammad Nafti— la mayoría de las

darwish Mahabbat llegó desde el Ministerio de Educación, y éste, después de despedirse de su maestro, se fue a Teherán.

Una vez allí, alquiló una habitación y empezó su trabajo de enseñanza en un colegio cercano. En el ámbito social, su trato con la gente que le rodeaba era tan amable y caballeresco que no pasó mucho tiempo para que la gente, poco a poco, se acercara a él. Y él empezó a guiarles en la Senda.

Cada día después de sus clases en el colegio, Mahabbat regresaba a su habitación, donde un grupo de discípulos

le solicitaban.

Poco a poco su nombre circuló de boca a boca. Cada día se le acercaba más gente. Su habitación estaba siempre llena. No le quedaba ni un momento de calma y tranquilidad. Durante el día impartía clases en el colegio y, hasta bien entrada la noche, se ocupaba en resolver los problemas mundanos de sus discípulos. Sus discípulos, por su parte, hablaban, en cualquier lugar, de la piedad y el afecto de su maestro, elevándole hasta la divinidad.

Pero Mahabbat, desinteresado de las adulaciones de sus discípulos, con

absoluta sinceridad y con el amor de Dios ardiendo en su corazón, servía a todos. Y, sin embargo, sabía perfectamente que entre toda esa gente que se le había unido, eran muy pocos los que verdaderamente se habían acercado en busca de la Verdad. La mayoría de ellos buscaban resolver sus problemas personales, o simplemente perseguían otras cosas ajenas a Dios.

Un día, en que había encontrado unos momentos de paz y soledad, pensó: «¡Que pesada y ardua es esta tarea de guiar a la gente!» En este momento recordó las palabras de su maestro, Mohammad Nafti. Y pensó: «Hacer que todos se sientan satisfechos es algo extremadamente difícil. Y, al fin y al cabo, ¿para qué? ¿Acaso no es cierto que el ser humano busca continuamente a la Verdad?, pero entonces, ¿cómo es que los que me rodean no dan ni un solo paso para ir hacia esta Verdad?». Se había cansado de su vida. Largas horas esforzándose en resolver los inacabables problemas de sus discípulos le habían agotado. Se preguntaba si tanto esfuerzo y preocupación por sus discípulos servían para algo.

Llegaron las vacaciones de verano y, con ello, el momento de visitar a su maestro. El simple pensamiento de volver a ver a su maestro le llenaba de gozo y de felicidad.

El autobús llegó al terminal de Kermanshah a las cinco de la mañana. Lo primero que hizo Mahabbat fue ir al baño público para asearse antes de ir al encuentro de su maestro. Luego se fue, como en los tiempos antiguos, al bazar a comprar el desayuno de su maestro y, con los regalos que le había llevado, se puso en camino hacia la casa de Mohammad Nafti.

«Ya Haqq, darwish Mahabbat, ¿cuándo llegaste?», preguntó sonriendo Mohammad Nafti.

Mientras besaba el «suelo de la cortesía», contestó: «Esta mañana, maestro».

«Ven, hijo, ven. Cuéntame que hiciste durante este tiempo». El maestro llenó dos tazas de té de la tetera a su lado y, antes de que ofreciera con sus manos temblorosas su taza a Mahabbat, éste se le acercó y, dándole las gracias, cogió su taza.

Al volver a sentarse, Mahabbat empezó a contar a su maestro, sin olvidar nada, todo lo que había hecho durante este tiempo en Teherán. Sin embargo, no dijo nada de la vida agitada que sus discípulos le habían originado, ni del cansancio que sentía de ser guía.

Mohammad Nafti escuchó con atención las palabras de su discípulo e intuyó que de toda la gente que se había acercado a él, una, o a lo máximo dos personas, buscaban verdaderamente a Dios; el resto eran simples comparasas.

Obedeciendo a una señal del maestro, Mahabbat llenó otras dos tazas de té. El maestro se levantó y se acercó al estante de los libros en el rincón de su habitación. Sacó el libro *Golestan* (La rosaeda) de Sa'di⁴ y, mientras lo hojeaba, volvió a su sitio.

«Ya, lo he encontrado. Hijo, léeme este relato de Sa'di».

Mahabbat cogió el libro de las manos de su maestro y, en voz alta y clara, con su bello acento Kermanshahí, empezó a leer un relato del capítulo segundo del *Golestan*, sobre la «La ética de los derviches»:

Un discípulo preguntó a su maestro: «Maestro, ¿qué debo hacer con la gente? Continuamente vienen a verme e interrumpen mi estado». Su maestro le contestó: «Da todo lo que te pidan a los que de entre ellos están necesitados, y pídeles algo a los que no lo están. De esta forma, nunca más volverán a molestarte».

El relato se terminaba con este verso:

*Si un pobre se convierte
en el caudillo de los creyentes,
el incrédulo huirá de él,
tan lejos como pueda, hasta China.*

En ese momento, Mohammad Nafti empezó a reír a carcajadas y, su discípulo, el darwish Mahabbat, sonriendo, bajó la cabeza.

«Recuerdas —preguntó Mohammad Nafti— lo que te dije antes de irte a Teherán».

«Sí maestro», contestó Mahabbat.

«¿Qué te dije?»

«Dijo que el “secreto de la maestría” reside en dar a tus discípulos todo lo que te pidan», replicó Mahabbat.

«En aquel entonces —continuó Mohammad Nafti— no sabías lo que significaba esto. Pero, ahora, sabes bien a lo que me refería, y, por qué es tan agotador ser guía. Desde luego, puedes también actuar de acuerdo con este relato, y probar a los que se te acercan. Esto es lo que yo mismo hice y resultó que, salvo tú, todos mis discípulos se alejaron de mí. Esta forma de maestría que yo hago ahora es muy fácil, y cualquiera es capaz de realizarla, ya que mi único discípulo eres tú, y tú eres un discípulo absolutamente sumiso. Sin embargo, lo que tú, con todo corazón y alma, haces para tus discípulos es algo que no todos pueden hacer. ¡Ruego a Dios que te ayude en tu tarea!»



Nota

1. Besar el suelo de la cortesía: el derviche, como señal de respeto y cortesía, cuando entra a la estancia en que está presente el maestro, se arrodilla y besa el suelo.
2. Encender la vela del Amor: expresión que utilizan los derviches de Irán con el significado de organizar reuniones para los buscadores de Dios.
3. *Zekr* (continuo recuerdo de Dios): esta práctica consiste, para el sufi, en repetir continuamente, de una forma especial, en su corazón, uno o varios nombres de Dios que, a la hora de iniciarse en la Senda, recibe de su maestro.
4. Mosleho'd-Din Sa'di: uno de los grandes maestros y poetas sufíes persas del siglo XIII.

